

Lo negro que da en el blanco

La puntería poética de Nicolás Guillén

Juan Coronado

De dos polos está hecha la poesía de Nicolás Guillén: lo negro y lo blanco; lo popular y lo culto; el bongó y la guitarra; Changó y Santa Bárbara; el arte social y el arte puro; lo folklórico y lo universal. Pero ninguno de esos polos es su realidad última, pues lo que hace su alquimia poética es mezclar los sabores. El poeta mulato mulatiza su poesía. Mete lo negro en lo blanco con gran puntería. Centra la poesía cubana en su esencia misma: lo mestizo.

La poesía de este antillano universal viaja siempre con la certeza de flecha que da en el blanco. Desde *Motivos de son* (1930), donde desnuda para Cuba el tema negro, hasta *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel* (1977), donde se asume como niño otra vez (niño negro, niño blanco, niño mulato, niño cubano), vemos la misma dirección de doble punta: la poesía que le da voz a los desheredados con sed de justicia y la poesía de vuelos altísimos donde el aire es puro. Tan material de redención es su voz como material de cristalino gozo. De ninguna manera es su poesía víctima de un compromiso chato, pues el puro arte es su esencia pura. El dilema de un momento histórico de la poesía lo resuelve de un plumazo: cultiva un arte social con pura poesía.

Su poesía es un viaje al interior de sí mismo: mulato que nace con una república mediatizada y con ansias de revolución siempre en las venas; poeta que se nutre de un último Modernismo y una primerísima Vanguardia; hombre que vive con la certeza poética de que ha de ganar siempre, pues es lo negro que da en el blanco y ése es su sino. Pero también su poesía es un viaje por el mundo exterior: por el México de Lázaro Cárdenas; por la España amenazada por el fascismo; por Iberoamérica toda esperanzada y temerosa al mismo tiempo. Guillén viaja por su propia vida interior de poeta y por la vida de esa América nuestra, tan convulsa y tan gozosa, del recién muerto siglo XX. El creador del poema-son es un escritor cubano de esos que se fueron ganando la universalidad paso a paso, como Zenea, como Martí, como Lezama.

Guillén recorre, como “paloma de vuelo popular”, el periplo entero de la geografía: su provincia natal, Camagüey; la ciudad capital, La Habana; el país todo, la isla de Cuba; las repúblicas bananeras, azucareras, mineras y petroleras; la España, madre no hace mucho abandonada; el bloque de países

socialistas. Va asumiendo todas esas identidades paso a pasito hasta que da el salto definitivo y se convierte en universal. Lo negro habla en su voz y no es “negritud” de moda; el compromiso habla en su pecho y no suena a propaganda huera. El “negro bembón” que “no sabe inglés” ni sabe “tené boluntá” brinca del solar al patio universal. El habla del negro, sus costumbres y actitudes no son materiales para la fotografía costumbrista, son hechos de una realidad social que se expresan con toda su hondura; el tratamiento poético mismo lleno de sabiduría ancestral que sabe formar un cuerpo poético donde suena no sólo el eco de la realidad, sino el eco de la tradición literaria que viene desde los Siglos de Oro de España. Suena Quevedo en Guillén, y suena bien; resuena Lope también, y suena bien; incluso sor Juana deja oír su eco. Y todo suena bien porque es una tradición bien asimilada. El Romancero tradicional y el Romancero nuevo, con Góngora a la cabeza, suenan bien también. El tono picaresco de los romances suena y resuena a cada momento en los sones-poemas del negro Guillén. Y si a sonidos vamos está también el de García Lorca y su voz andaluza. ¿Qué distancia hay entre un negro camagüeyano y un gitano de Sevilla? La poesía de Nicolás Guillén no suena ni a simple folklor ni a plano mensaje social porque está vestida de pasados, presentes y futuros poéticos. La sabiduría poética es indudable en su canto; sabe recoger y proyectar; reconoce una tradición y la lanza por caminos nuevos. Desde sus versos adolescentes supo reconocer a sus ancestros, románticos y modernistas; pero tuvo la suficiente visión como para saber que su voz no estaba todavía madura y no publicó aquello que venía de su “cerebro y corazón”, como se llamaba su primer libro. Ni la inteligencia ni el sentimiento por sí mismos permiten que la palabra se alce como poesía. Sólo surgió el alumbramiento verdadero cuando el negro que llevaba dentro se puso a cantar el son. Supo decirle no a las golondrinas tardías; dejó que los cisnes trasnochados volaran y volaran para darle paso a un mundo más vital y lleno de enjundia: el poema-son.

De lo negro como primer color, color fundamental, pasó al color cubano en *Sóngoro cosongo* (1931). Dice en el poema “Llegada”: “¡Aquí estamos! / la palabra nos viene húmeda de los bosques, / y un sol enérgico nos amanece entre las venas. / El puño es fuerte / y tiene el remo”. Toma la dirección la voz cubana que va a ir creciendo y creciendo hasta abarcar la dimensión continental de la América de acento mestizo, con sus dos libros siguientes *West Indies Ltd.* (1934) y *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937). Este crecimiento siempre continuo impide que su poesía se quede en el color local de lo negro con sus ritmos de música antillana, que son en sí muy atractivos pero que para la poesía guilleneana total son sólo el punto de partida, la cáscara de un hueso muy duro de roer y de muy sabroso tuétano. Si la poesía de Guillén fuera sólo ritmos y puños en alto tendría un valor muy pobre, aunque final-

mente con mucha garra. Pero no es así, pues los cantos que sabe urdir el poeta son trabajo del más fino artista. Sus voces siempre cristalizan en cuerpos poéticos de un valor estético singular. Cada nuevo libro va sumando elementos que hacen crecer no sólo los nuevos poemas, sino los anteriores. En *el son entero* (1947), por ejemplo, están sumados los libros anteriores y caminado un paso más hacia la serenidad, las imágenes más claras y más presentes, las reflexiones metafísicas:

Iba yo por un camino

Iba yo por un camino,
cuando con la Muerte di.
-¡Amigo! -gritó la Muerte-
pero no le respondí,
pero no le respondí;
miré no más a la Muerte,
pero no le respondí.

Llevaba yo un lirio blanco,
cuando con la muerte di.
Me pidió el lirio la Muerte,
pero no le respondí,
pero no le respondí;
miré no más a la Muerte,
pero no le respondí.

Aquí el trabajo poético se acerca a los espacios íntimos que desde los años veintes transitaban los Contemporáneos en México, sus contemporáneos en la realidad temporal. Y no hablo de influencias; sino de coincidencias, de contagios acaso, pues quienes respiran el mismo tiempo histórico, respiran necesariamente el mismo clima estético. La circunstancia nacional es distinta en cada caso y eso da el color local, todo lo demás ya es tiempo estético y genio particular.

La paloma de vuelo popular (1958) significa en este desarrollo, en este camino de aprendizaje, la madurez, la conciencia plena del mester poético. Ningún elemento es dejado atrás, ni lo negro, ni lo rítmico, ni lo popular, ni lo nacional, ni la denuncia social, ni la conciencia continental, ni la conciencia universal, ni la circunstancia biográfica, ni los temblores serenos de una nueva metafísica. Guillén hasta aquí le había llamado siempre al pan, pan y al vino, vino. Desde ahora sus entonaciones en este "vuelo de paloma" son más inestables, más móviles, más ambiguas. El libro se abre con un "Arte poética" que dice más lo que calla, que refiere significados secretos, que codifica

certezas e incertidumbres. Da la impresión de no querer seguir ya la senda de lo nítido y transparente, aunque para quienes crean ser sus más fervientes lectores, lo siga siendo. Su mirada se hace esquiva, su sonrisa, socarrona, su ironía más despierta. Éste libro nos enseña a leer con nuevos ojos todos los anteriores y nos permite ver que el “negro bombón” del principio no es tan juguetón y simple como la vista lejana nos hace creer.

58 La ola crece en *Tengo* de 1964. La ambivalencia y el desconcierto se presentan desde el mismo título. ¿Qué bobería es este título simple? ¿No encontraremos ya más juegos de ritmos y de sonos? ¿No crecerá la fuerza de las denuncias? Pero claro que hay ritmos y sonos, y quizá las denuncias crecen como nunca y la conciencia revolucionaria pisa tierra segura. Es el mismo Nicolás Guillén de siempre, pero más firme, más seguro, más certero, más agudo, como hombre de lucha y como poeta. Ya sabe que definitivamente tiene un pie plantado en Cuba y otro en el ámbito universal. Ya recorrió más de medio siglo XX y le conoce las entrañas; ha vivido dentro del monstruo y sabe cuáles son sus rugidos. El libro se mueve entre naderías y trascendencias; entre versos transparentes y versos oscuros; entre las circunstancias del tiempo y un tiempo sin circunstancia, un tiempo desnudo, un tiempo que me hace saber que “tengo”. ¿Qué tengo?

Llegamos por fin, en 1967, a *El Gran Zoo*, el primer divertimento poético que emprende Guillén, niño con juguete nuevo. El primer poema se llama “Aviso” y dice así:

Aviso

Por un acuerdo del Ayuntamiento
fue creado este Gran Zoo
para nativos y extranjeros
y orgullo de nuestra nación.
Entre los ejemplares de más mérito
están los animales de agua y viento
(como en el caso del ciclón),
también un aconcagua verdadero,
una guitarra adolescente,
nubes vivas,
un mono catedrático y otro cotiledón.

¡Patria o muerte!

EL DIRECTOR

Y empieza la visita a los poemas-animales de este gran zoológico: “El Caribe”, “Escarabajos”, “La Osa Mayor”, “Monos”, “Papaya”, “Reloj”, “El sueño”,

“La bomba atómica”, etcétera. ¿Qué significan estos poemas?, ¿una burla al lector?, ¿un experimento escritural como los que hacían los vanguardistas en las primeras décadas del siglo? Sí, definitivamente significan todo eso y mucho más: son un divertimento; el juego de un niño-poeta que se entretiene mirando a los animales. Las clasificaciones borgeanas están aquí; los entreteñones de lo absurdo también están. Pero sobre todo está el ingrediente que no habíamos advertido claramente en la poesía de Guillén: la ironía, la burla, el sarcasmo; la risa velada y la risa franca. Pero cómo no la veíamos si está tan a flor de piel. Así como está lo negro en sus poemas está la ironía; así como están los ritmos está la burla; así como está el mensaje libertario está el sarcasmo. El elemento esencial de la poesía de Nicolás Guillén es lo lúdico; lo sabíamos desde 1930 pero hasta 1967 lo venimos a palpar en toda su magnitud. Nuestro poeta es un niño negro; es un niño blanco; es un niño mulato; es un niño viejo sonriente y juguetón. Es él el creador y el principal espectador del gran zoológico de su poesía.

59

El juego continúa y se desnuda totalmente en el siguiente libro, de 1977, *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel*. ¿Es un juego privado o un juego público?, ¿es una nueva definición de su poesía? Puede ser todo y puede ser nada. La circunstancia específica en que se escribió nos puede dar la clave. ¿Es este libro de vejez un libro privado como fue privado el libro de adolescencia que no quiso publicar? Ese primer libro lo fue de aprendizaje y este es un libro de olvido. El poeta olvida quién fue, pero el lector no lo olvida porque aquí están todas sus herramientas de gran poeta, de aquél que tira la flecha y da en el blanco. Parece decirnos el creador de sonetos-poemas que el mejor poeta es el que olvida que lo es. En este poemario se olvida de todo y habla solamente con los niños que quiere divertir, pero su ser poeta lo traiciona y vuelve a surgir aquel niño negro, aquel niño blanco, aquel niño mulato, aquel Nicolás chiquito que nació en Camagüey.